



Vicenta posa en su casa de Alfaro (La Rioja) con una foto de sus hermanos.
PAULINO ORIBE (ARABA PRESS)

CÓMO VICENTA ENCONTRÓ A SUS HERMANOS A LOS 89 AÑOS

VICENTA SUPO QUIÉN era hace dos jueves, a eso de las seis de la mañana. «Antes no era nadie», relata.

Ha vivido los últimos 89 años con unos apellidos prestados y un cumpleaños inventado. Creía que tenía dos años menos, ahí sí que ha salido perdiendo. Los únicos documentos que acreditaban su existencia resolvían el vacío con la misma fórmula, una y otra vez.

Abandonada en un orfanato, pasó toda su vida sin conocer sus orígenes. Pero el empeño de su hija y una prueba de ADN han resuelto el misterio: «Ahora soy feliz»

POR SARA POLO ALFARO

Naturales: «Se ignora». Nacimiento: «Se ignora». Cumple 16 años: «Se ignora».

Clase y origen de la orfandad: «Se ignora».

Con esos datos ausentes fue Vicenta a hacerse su primer DNI y se rieron de ella. ¿Cómo no iba a saber cuándo había nacido, ni dónde, ni el nombre de sus padres?

La historia de esta riojana podría ser el perfecto cuento de Navidad de la España Vacía. Aún

hoy, cuando todo ha pasado, cierra a veces los ojos y se pregunta: «¿Pero es real, no lo he soñado?».

En plena Guerra Civil una niña muy morena apareció abandonada en un colegio de huérfanas de Alfaro. Llevaba en la mano un papel manuscrito: «Vicenta Ruiz Oriol». La caligrafía no dejaba claro el segundo apellido: ¿Orión? ¿Orio? Lo mismo daba. Pues Oriol. La traían en brazos, decidieron que tenía tres años.

La misma niña, hoy abuela orgullosa de nueve nietos, abrazó hace unos días a sus tres hermanos en un pueblo diminuto de la provincia de Valladolid que jamás había oído nombrar. Hasta allí la llevaron una coincidencia en una prueba de ADN y el empeño de una hija, Pilar, que en mitad de la pandemia decidió que nadie debería morir sin saber quién es.

—Pues en esa jaula que ves ahí hubo una vez una

CONTINÚA EN HOJA SIGUIENTE

VIENE DE HOJA ANTERIOR

pareja de monos, los trajeron de Barcelona. Ella murió al poco de llegar, pero el mono vivió muchos años. Alguien le tejió un jersey y hasta le pusimos calefacción en la caseta.

Vicenta pasea del brazo por el vivero familiar, a las afueras de Alfaro, buscando el rincón perfecto para la foto. Ha ido a la peluquería y se apoya en una muleta negra con florecitas blancas.

Es coqueta, Vicenta, y eso que en la vida sólo se ha maquillado un día que fue a la tele a ver si alguien daba con alguna pista sobre su identidad. Pero a eso llegaremos luego.

De momento, su memoria intacta vuelve a aquella infancia en el orfanato. Cuando tenía siete años la adoptó una pareja, pero ella no quiere ni nombrarlos. Él era pastor y pisaba poco por casa; ella era una bruja. «Me hacía la vida imposible», recuerda.

Su propia hermana le preguntaba si la había sacado del centro como hija o como sirvienta. Las lágrimas de Vicenta son una clara opción B. A los 10 la mandaban del caserío al pueblo a repartir huevos, leche y queso entre los vecinos. Hora y pico de camino a pie, ida y vuelta, sola en mitad del campo. Como se retrasara un minuto, había castigo: «A la cama sin cenar y paliza va, paliza viene».

Intentó denunciar la situación, pero uno sólo existe en los papeles. Y los papeles decían que aquella maltratadora era su madre. Esperó pacientemente a la mayoría de edad y rompió con todo. Volvió a aquellos apellidos que alguien había inventado para ella, Ruiz Oriol, y reclamó la pensión de huérfana de guerra que la bruja se había quedado. «Noventa pesetas al mes. Suena a poco, pero fueron tantos años que me dio para comprarme algunas cositas: mis sábanas, mis toallas...».

Fue la primera victoria de una vida larga y difícil que por fin ha tenido un final feliz.

Lo de no ser nadie planeaba sobre ella como una nube negra que amenaza lluvia. Y la tormenta estalló cuando el cura le dijo que no la podía casar con aquel hombre tan bueno al que había conocido en un baile, pero

que ya mucho antes la seguía con la mirada desde el viñado, con las manos envueltas en el sarmiento. Alegaba don José que no se sabía siquiera si ella estaba bautizada, ¿cómo les iba a casar? «Pues entonces nos iremos a vivir juntos», le espetó la joven Vicenta. Es una mujer de armas tomar: «El genio te lo da la misma vida. He recibido muchos palos pero me he sabido defender», dice mientras sus hijos asienten.

El párroco, atónito, tuvo que escribir una carta a la mismísima Roma para resolver aquel entuerto. La solución: un bautismo bajo condición. «Si ya estaba bautizada, no pasaba nada; si no, pues ya lo estaba». Todo lo hicieron en la

fue una tortura: «Te metes en la cama y piensas: ‘¿Quién soy?’ ¿Tú sabes qué sufrimiento es eso?».

EL TUIT QUE LO CAMBIÓ TODO

«¡Hola! Me haríais un gran favor si dais RT y lo leéis, es muy importante para mí», reza el tuit que lo desató todo, con fecha 21 de noviembre de 2020 y que nació de una conversación madre-hija en el sofá. «El mayor regalo para mi abuela sería encontrar algo sobre su familia, su vida. Y a mí nada me haría más ilusión que poder ayudar a la persona que más quiero».

Estrella no sabía entonces que aquella publicación acabaría con «la yaya» en la tele o como

agua. Dionisia llora y grita, no la suelta: «Si llego a saber que existías te hubiera buscado».

No terminan las sorpresas. «Y él es Pedro, el pequeño». «Yo pensaba que era uno y resulta que había tres!», se emociona de nuevo Vicenta al volver a verse en el móvil. Comieron un arroz todos juntos, como la familia que nunca fueron. «Me quedé atontada después, no podía ni moverme».

Simeón la había visto en verano en el programa de Toñi Moreno, cuando aún no sabía que aquella mujer de pelo blanco que pedía algún contacto en Medina del Campo, a 15 minutos en coche de su pueblo natal, era hija de su madre.

La investigación de Pilar arrancó un año antes con los papeles. Peinó todas las parroquias de La Rioja, partida de nacimiento a partida de nacimiento, en busca de pistas. Alguien le recomendó MyHeritage, una plataforma genealógica online con sede en Houston, Texas, y una base de datos con seis millones de ADN de todo el mundo.

Allá fue también el de Vicenta. Bingo. Tenían un clavo al que agarrarse.

«No me digas nada mientras no sepas algo», imploraba su madre, y Pilar venga a estudiar por las noches, sin decir ni mu. Había que determinar de qué rama familiar venía esa firma genética, y para eso era necesario encontrar a

padres del niño». En el anuncio, publicado el 20 de octubre de 1933 en *El Adelanto*, figuraba como contacto el padre de la ofertante. Ahí estaba la madre. Ahí estaban los apellidos. Los reales. Y halló una partida de nacimiento compatible. La niña, Asunción; la madre, Anastasia. Vuelta a Facebook.

Desde octubre todo fue muy deprisa. Primero, apareció una sobrina nieta confirmada por el ADN. Después, unos primos carnales, en el mismo Medina del Campo. Vicenta iba recuperando fragmentos de su historia perdida. Todo iba cuadrando: registros de fallecidos, hijos, hermanos. Había una parte de la familia originaria de Bobadilla del Campo con la que no tenían relación. Igual por ahí... Una trabajadora del Ayuntamiento ayudó a Pilar a dar con un descendiente de la tal Anastasia, José. «Creo que soy tu primo», le dijo en una llamada telefónica que jamás olvidará.

El padre de José, Simeón, aceptó hacerse un test, que viajó de Zamora a Texas por correo postal. «Yo sabía que era su herman, pero había que confirmarlo», cuenta Pilar, exhausta. Y miraba la aplicación de MyHeritage noche y día, noche y día, hasta que un jueves, a las seis de la mañana, se iluminó la pantalla: «Medio hermanos». No le hizo falta pronunciar una palabra cuando llegó corriendo a casa de su madre, su cara lo decía todo. El viernes pusieron rumbo a Bobadilla y lo demás es historia. Un cuento de Navidad.

«Dios mío, ¿es verdad? Una vida enterita sin ellos». Lloro de alegría Vicenta, que ahora sabe que un día se llamó Asunción y sujeta una foto de quien fue su madre. Lloro también Simeón al otro lado del teléfono, de alegría por el reencuentro, de pena por el tiempo perdido. Nunca supo que tenía una hermana mayor. Anastasia se llevó el secreto a la tumba.

«Yo he tenido una vida muy plena, mi marido, mis hijos, pero me faltaba algo para ser feliz».

«¿Y es feliz ahora, Vicenta?»

«Ay, hija. Mucho, mucho, mucho... Ahora sé quién soy».



El reencuentro de los hermanos: de izquierda a derecha, Dionisia, Vicenta, Simeón y su mujer Josefa, y Pedro. ARCHIVO FAMILIAR

misma ceremonia y Vicenta no volvió a relacionarse con la Iglesia. Tenían 20 años y no tenían nada, pero se tenían el uno al otro. Que no era poco. A ella le daba miedo que él la rechazara por eso de no ser nadie, realmente. Me dijo que me quería a mí, no a mi historia. Era un buen hombre, mi Pedro», recuerda, y los ojos se le desgarran.

Ofrecen sus hijos algo para tomar: agua, un zumo...

«Un vino moscatel. Pero mamá, ¡si tú no bebes nunca!»

Cualquiera le niega nada a Vicenta, menos ahora que ha resuelto la pregunta que le lleva quitando el sueño casi 90 años. La apartaba de su cabeza deslomándose de día «trabajar mucho, disfrutar poco» y con su Pedro de noche. Pero cuando él se fue, hace ya 10 largos años, la soledad

protagonista de este reportaje, compartiendo mesa y fotografía con sus hermanos. Tampoco era consciente de que su madre, Pilar, se iba a tomar muy en serio la encomienda.

Iba a resolver el misterio. Iba a descubrir quién es realmente Vicenta Ruiz Oriol.

Dos años después alguien pregunta en un vídeo casero si necesita sentarse, si le traen una silla. La anciana camina despacio, apoyada en su muleta de florecitas, por las calles polvorientas de Bobadilla del Campo, 300 habitantes censados a medio camino entre Valladolid y Salamanca. Se abre una puerta. «Este es tu hermano, Simeón». Se funden en un abrazo de toda una vida, lloran, se contemplan. «¡Hermanita!». Aparece una segunda mujer, son dos gotas de

TODO ARRANCÓ EN NOVIEMBRE DE 2020 CON UN TUIT: “ME HARÍA ILUSIÓN AYUDAR A LA PERSONA QUE MÁS QUIERO”

“¿PENSABA QUE SÓLO TENÍA UN HERMANO... Y AL FINAL HABÍA TRES!”, CUENTA VICENTA SOBRE EL REENCUENTRO

Contaba que se había hecho una prueba de ADN y que había encontrado por la zona una coincidencia remota, pero coincidencia al fin y al cabo, y pedía a la gente del pueblo que se hiciera el test por si sonaba la flauta. Sería el propio Simeón quien resolvería la ecuación genética, pero para eso quedaban unos meses todavía.

los familiares de la chica que había hecho *match*. Tenía dos apellidos y un área geográfica: lo mejor era acudir a Facebook. «Entraba en todos los grupos de Medina del Campo y ponía el nombre de mi madre y los apellidos de la chica. Siempre con cautela, que son datos personales», relata Pilar.

Y llegó la primera pista: en el hospicio de Medina del Campo solían poner a las niñas como primer apellido el de su fundador, Simón Ruiz, y existía un expediente a nombre de Vicenta Ruiz Oriol fechado el 1 de septiembre de 1933 de una bebé de 15 días.

Dos años antes de lo que pensaban. Había un hilo del que tirar. Y Pilar se sumergió en la hemeroteca. «Ama de cría, soltera, de veinte años de edad, leche de dos meses, abundante y de buena calidad se ofrece para criar en casa de los